

AL DOLOR.

I.

Tú nos recoges al nacer, y en vano
 es luchar contra tí. Nunca vencido,
 la vida universal siempre ha gemido
 sujeta al férreo yugo de tu mano.
 ¡Ay! si en la inmensidad tu soberano
 poder, sobreponiéndose al olvido,
 el llanto condensase que ha vertido
 desde su origen el linaje humano;
 si la lóbrega nube reventara
 y bajo su espantosa pesadumbre
 en lluvia torrencial se desatara,
 tocando el mundo en su postrero día,
 el diluvio de lágrimas, la cumbre
 de los más altos montes, cubriría.

II.

¿Quién escapa de tí? ¿Quién tu castigo
 evita? ¿Quién se esconde á tu mirada?
 Desde que el hombre emprende su jornada
 de la cuna al sepulcro, va contigo.
 Mas no con torpe lengua te maldigo
 ¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,
 como Dios sacó un mundo de la nada,
 sacas del mal la luz que adoro y sigo.
 Fuerte artista que labras tu escultura,
 el bloque humano sin piedad golpeas
 y el bien arrancas de su entraña dura.
 Chispas de tu cincel son las ideas
 con que iluminas nuestras noche oscura
 cuando tus obras inmortales creas.



PARTE SEGUNDA:

POEMAS

RAIMUNDO LULIO

A UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,
 Como sencilla ofrenda que tributo
 A nuestro antiguo afecto,
 Mis pobres cantos de *Raimundo Lulio*.
 Esta doliente historia
 Encierra un grave pensamiento, oscuro
 Quizás, porque mi musa
 Ni engrandecerle ni aclararlo supo.
 De la átrevida Ciencia
 Que huye de Dios, y en su rebelde orgullo
 Con sus fulgores sólo
 Quiere llenar los cielos y los mundos;
 De esa Ciencia á que rinde
 La vanidad del hombre ciego culto,
 Y que persigue siempre
 Con sacrilego afán y ardor impuro;
 Por quien, obedeciendo
 De su apetito al indomable impulso,
 Mancha las sacras aras,
 Y á Dios disputa su poder augusto:

En Blanca, en esa hermosa
 Blanca, sueño y delirio de Raimundo
 El símbolo terrible,
 El triste emblema presentar procuro.
 ¡Ay! cuando devorado
 Por insaciable sed, loco y convulso
 Piensa alcanzar el hombre
 De su seberbia el anhelado fruto,
 ¿Qué encuentra? Eterna duda,
 Eterno hastío entre el placer oculto,
 Y bajo regias galas
 La horrible podredumbre del sepulcro.
 Mas no porque condene
 Esos, que errores de la Ciencia juzgo,
 Para extirparlos pido
 El auxilio sangriento del verdugo.
 Impuestas por la fuerza,
 O por la vil superstición del vulgo,
 Odiosas me serían
 La verdad y la fe que ansioso busco.
 Hijo soy de mi siglo,
 Y no puedo olvidar que por el triunfo
 De la conciencia humana,
 Desde mis años juveniles lucho.
 Por bárbaro rechazo
 De la brutal intolerancia el yugo,
 Y quiero en campo abierto
 Libremente lidiar con el absurdo.

CANTO I.

PROFANACIÓN.

Como el radiante sol cuando declina,
 La vida con sus últimos reflejos
 Nuestros yertos recuerdos ilumina,
 Y vemos todos, al llegar á viejos,
 El muerto bien que la memoria guarda
 Más rico de color cuanto más lejos.
 Hoy que la edad me postra y acobarda,
 Mi pasada ilusión cruza furtiva,
 A través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva
 Que remontaste apresurada el vuelo
 Al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡oh Blanca de Castelo
 A mis ojos tan casta y luminosa
 Como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecían en tu faz hermosa
 El ampo de la nieve immaculada
 Y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
 Tan intensa su luz, que sus destellos
 Penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
 Como rayos de sol entretejidos,
 Para que el alma se prendiera en ellos

Y estaban mis potencias y sentidos
 Suspensos del aliento de tu boca,
 Tierno regazo de ósculos dormidos.

Te ví y te amé con la pasión más loca
 Que puede contener el alma humana
 Cuando en la altura de sus sueños toca.

¡Cuántas veces al pié de tu ventana,
 Siempre cerrada para mí, llorando
 Me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando
 Dió forma á una promesa lisonjera,
 Y entre el cariño y el temor luchando,

A un tiempo mismo generosa y fiera,
 Parecían decir á mi deseo
 Tus ojos: ¡Nunca! — y tu silencio: ¡Espera!

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo
 Que es menor la ansiedad, menor la duda
 Con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda
 De mi invencible amor, sombra querida,
 Te hallé á mi ruego impenetrable y muda.

¡Qué miserable vida fué mi vida!
 Brotaban los sollozos de mi pecho
 Como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,
De día, persiguiéndote incesante
Con la torpe insistencia del despecho,

Cuanto menos querido, más amante,
Miraba trascurrir, ardiendo en ira,
Como un siglo de angustias cada instante.

¡Qué solitario y tétrico supira
El corazón que osado se levanta
Y en su delirio á lo imposible aspiral

La esperanza del hombre es arpa santa:
Pulsa la fe sus cuerdas, y sublime
En medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime
El vil recelo, estéril y cobarbe,
En medio del placer, se rompe y gime

Haciendo de mi amor público alarde,
Por las calles de Palma te seguía
Una tarde de Abril. ¡Qué hermosa tardel

El sol su excelsa majestad hundía
En el seno del mar, con sus fulgores
Arrebolando el término del día,

Y llenaban el aire esos rumores
Que despiertan, abriendo su capullo
A los besos nel céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,
El sonoro bullir de las corrientes,
Del viento y de las hojas el murmullo,

Todo inspiraba al corazón ardientes
Y tenaces deseos; todo amaba,
Auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba
Nubes de polvo al estampar su huella,
Y el duro freno indómito tascaba,

En pos de tí, que pudorosa y bella.
Recatabas la faz, con paso lento
Iba yo á impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento
Turbó mi juicio, y removió las heces
De mi amargo pesar y mi tormento.

Recordé con furor tus esquiveces,
Sentí en el corazón la mordedura
De la sospecha ruin, una y mil veces,

Y descompuesto, ciego en mi locura,
Al inquieto corcel piqué la espuela
Para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela
Lanzaste un grito de terror, el grito
de la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito
Que excitaba mi afán y mis enojos
Debiste ver en mi semblante escrito,

Porque cayendo atónita de hinojos,
Rígida y sin color como una muerta
Volviste á mí los epantados ojos.

La calle estaba, por tu mal, desierta,
Y ya creía en mi febril anhelo
El triunfo fácil y la dicha cierta,

Quando de pronto, alzándote del suelo,
Hacia una iglesia gótica cercana
Avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusión la anciana
Que te seguía, penetró contigo.
En la augusta basilica cristiana,

Y yo ¡insensato! — con horror lo digo —
Provocando de Dios el justo fallo
Al bruto indócil apliqué el castigo;

Hizo sonar su endurecido callo
En las losas del atrio, y de repente
Dentro del templo me encontré á caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:
Sé que al verme llegar pálido y fiero
Corrió sordo rumor entre la gente;

Que trastornado yo, pero altanero,
En torno las miradas revolvía,
Acariciando el puño de mi acero,

Y que con pompa abrumadora y fría
Un helado cadáver en la cumbre
Del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre
Reverberando en los bordados de oro;
El pasmo de la absorta muchedumbre;

De la terrible música el sonoro
Randal, que con los rezos confundido,
Inundaba la nave desde el coro;

El ronco *Miserere*, ese gemido
De nuestra vanidad, que brilla apenas
Para perderse en el eterno olvido;

Todo, mezclado con mis propias penas
Condenaba mi intento temerario
Y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su oscuro osario
Alzábanse los muertos con estruendo,
Envueltos en fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo
con impetu el rendal, gané la puerta,
De mi conciencia amedrentada huyendo,
Lívido el rostro y la mirada incierta.

CANTO II.

INSOMNIO.

Mi caballo, sintiendo el acicate
Y no la brida, abandonada y suelta,
Salió escapado con furioso embate

La atropellada multitud, envuelta
En el espeso polvo del camino,
Me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudo torbellino
Que á través de los bosques se abre paso,
Avanzaba frénético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,
Iba como la seca y móvil hoja
Al impulso del viento y del acaso.

Poco á poco el temor y la congoia
Fueron cediendo; recobre el estribo,
Con mano firme aseguré la floja.

Y descuidada rienda, erguíme altivo,
Y lentamente hácia el paterno techo
Retrocedí cansado y pensativo.

Arrojéme sin fuerzas en el lecho,
Y con furor reconcentrado y rudo
Herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo
Pugnaba por gritar y no podía,
Porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,
Que vives, ¡ay! en mi memoria impresa
Con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa
La calentura en mí, formas extrañas
Se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos monstruos, fieras alimañas,
Trasgos y espectros espantosos, hijos
Del fuego abrasador de mis entrañas

Al par deslumbradores y prolijos
Revolaban en torno de mi frente,
Con sus ojos de luz, siempre en mi hijos.

Y en el círculo tú resplandeciente
Como la estrella matutina, muda
Como el pudor, como el amor ardiente,

Mostrándote á mi afán, medio desnuda
Confuso el rostro, palpitante el seno
Cual la virtud que desfallece y duda,

Con blando halago, de promesas lleno,
Como nunca gozaron los mortales,
Soltabas, ¡ay! á mi pasión el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales
Que te envolvían, con hambrientos ojos,
Devoraba tus formas virginales,

Y esclavo de mis lúbricos antojos,
Vencido por el lánguido embeleso
De tu húmeda pupila y labios rojos,

De mi amante ilusión en el exceso,
Extático y dichoso hubiera dado
Mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,
Atropellando la medrosa hueste
De monstruos que giraban á mi lado,

Quise alcanzarte, aparición celeste,
Y las manos tendí con desvarío
Para rasgar tu inmaculada veste;

Pero hallé un esqueleto hórrido y frío
Que al deshacerse en mis convulsos brazos
Exclamaba llorando: ¡Ay, amor mío!

Y bajo la opresión de estos abrazos
De muerte, de estos punzadores goces,
Mi corazón saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,
Volvían los abortos del mareo
A perseguirme airados y veloces.

Y otra vez, ofreciéndote en trofeo
A mi imposible amor, te descubría
Más cerca y más radiante mi deseo....

¿Cuánto duró la fiebre? No sabría
Decirlo: sé que sonrosada y bella
Calmó mi ardor la claridad del día.

¡Ay! á juzgar por la profunda huella
Que el dolor dejó en mí, duró las horas
De mi edad juvenil la noche aquella

Huyeron las visiones tentadoras
A la naciente luz, con manso ruido
Batió el sueño sus alas bienhechoras;

Y como el gladiador, que ya rendido,
El prostrar golpe resignado espera,
Cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,
Desparramaba sobre el ancho mundo
Su fúlgida y dorada cabellera,

Cuando saliendo yo de mi profundo
Letargo, alcéme triste y macilento
Como vuelve á la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento.
Recordé tus ofensas, tan contrito
Como espantado de mi loco intento,

Y buscando el perdón de mi delito
Estos versos tracé, que de buen grado
Hubiera con mis lágrimas escrito:

« ¡Oh Blanco! Cierito que la culpa mía
Es grande: ni la oculto ni la niego.
Pero vencido por mi humilde ruego
Dios al mismo Luzbel perdonaría.

Injusta pena per demás sería
La que impusieses, cuando ve el más ciego
Que aviva tu desdén mi amante fuego
Y es causa tu rigor de mi porfía.

¡Oh mi vida! ¡Oh mi luz! ¡Oh mi esperanza!
Ahógame entre tus brazos, si á moverte
Mi fervorosa súplica no alcanza

Que yo al morir bendeciré mi suerte,
Pues será compasión y no venganza
Darme en tu seno cándido la muerte ».

Berenguer de Pedralves, mi criado,
Animoso y resuelto, halló camino
De entrar en tu mansión, sin ser notado.

Encomendé mi carta á su buen tino,
Y tal maña se dió, que en plazo breve,
Con la respuesta inesperada vino.

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebo
La esquiva condición de un pecho ingrato
Para el amor de endurecida nieve,

Ese quizás comprenda el arrebató
Con que tu carta abrí, sin que acertara
A entender su enigmático relato:

« Misera y desdichada criatura,
Lamento vuestro error, y le perdono.
Mas ¿quién me guardará de vuestro encono
Si en la casa de Dios no estoy segura?

INSTITUTO DE ARCE LISA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 CALLE DE LAS FUENTES, 100

Nada vale la efímera hermosura
Con que, sin pretenderlo, os aprisiono.
Dejad que se marchite en su abandono,
Y alzad los ojos á mayor altura.

Pero si con mi ruego no os obligo,
Rompiendo para siempre nuestros lazos,
A separaros del amor terreno;

Si es para vos piedad y no castigo
Hallar la muerte en mis crispados brazos,
Venid, quo acaso dormirá en mi seno ».

Era la cita misteriosa y rara;
Mas cuando la pasión nos precipita,
¿Quién en vanos escrúpulos repara?

— A un tiempo mismo — murmuré — me incita
Y me desprecia. La razón no acierto;
Pero ¿qué importa? Acudiré á la cita. —

Y cuando en mi amoroso desconcierto
Esto decía, lúgubre y lejana
En los aires vibró, doblando á muerto,
La penetrante voz de una campana.

CANTO III.

LA CITA.

La negra noche su enlutado manto
Por la serena atmósfera tendía
Con inefable y misterioso encanto.

¡Cuánta tristeza y cuánta poesía
En el herido corazón despierta
Ese adiós melancólico del día!

La luz crepuscular pálida y yerta
Que pasa, se amortigua y desvanece
Como recuerdo de esperanza muerta;

La muda sombra que impalpable crece.
Y á semejanza del dolor humano
Todo lo apaga y todo lo oscurece;

Aquel silencio, de la muerte hermano,
Que extingue los latidos de la vida
En la selva, en la cumbre y en el llano:

Aquel suave silencio que convida
Al sueño; aquella soledad suprema,
A la paz del sepulcro parecida;

El fulgor de la luna, casto emblema
De doméstico hogar puro y honrado,
Que alumbra y da calor, pero no quema;

El infinito espacio, tachonado
De innumerables estrellas, que el camino
Señalan de otra patria al desdichado,

Y son el jeroglífico divino
Que en la bóveda inmensa Dios imprime
Para enseñar al hombre su destino:

Todo es en tí patético y sublime,
¡Oh noche augusta! para el alma inquieta
Que duda y ama, que medita y gime.

Esperé, pues, con la ansiedad secreta
Del que sueña en cercanas alegrías,
A que la lobreguez fuese completa,

Y dando suelta á las pasiones mías
Perdíme, entonces, de temor ajeno,
Por calles solitarias y sombrías.

Insensible mi espíritu sereno
A los siniestros cuentos y consejas
Que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

Altivo, con la capa hasta las cejas
Y la mano en el pomo de la espada,
Palpitando de amor llegué, á tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,
Inmóvil, como estatua misteriosa
En su lecho de piedra incorporada;

Y al verme, con palabra recelosa.
Tenue como el suspiro comprimido
Que el deshecho corazón rebosa,

— ¡Cuán desgraciada soy! ¡Habeis venido! —
Dijiste, alzando la mirada al cielo
Y arrancando del alma hondo gemido.

— ¿Tánto me aborreceis, que os causa duelo
Mi presencia — exclamé — cuando en el mundo
Cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo? —

— Quizás os pese y lo lloreis, Raimundo —
Respondiste con voz solemne y grave
Como el último adiós del moribundo.

Llegué á tu puerta, rechinó la llave,
Abrió y entré. Lo que en aquel momento
Pasó dentro de mí, nadie lo sabe.

La rápida explosión de mi contento
Tan ruda fué, que atónito y confuso
Detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡Con qué placer mi corazón iluso
Vió entonces acortarse la distancia
Que tu rigor entre nosotros puso!

Sobrecogido penetré en tu estancia
En aquella mansión tranquila y pura
Como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro la insegura
Y vacilante luz, con noble empleo
Alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay! á despecho de la edad, aún veo
Tu imagen melancólica y esbelta
Como jamás la sospeché al deseo.

En niveo traje desceñido, envuelta,
Por tu gallarda espalda descendía
La cabellera destrenzada y suelta

Tu mirada, fijándose en la mía,
Intensa como el rayo y penetrante
La sangre de mi venas encendía.

Tímida, ruborosa y anhelante,
Con la impresión de la inquietud y el miedo
Retratada en tu angélico semblante,

Me viste aparecer, y con el dedo
Mostrándome un sitio, por vez primera
Tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era
Como arrullo de tórtola que anida
Y al tierno esposo enamorada espera.

De impaciencia y temor el alma henchida
Obediente moví la débil planta.
Y á tus piés me postré; luz de mi vida.

A tus piés me postré; pero con tanta
Agitación, que demudado y frío
Sentí ahogarse la voz en mi garganta:

Hasta que al fin como el hinchado río
Que se desborda y precipita ciego,
Estalló sordamente el amor mio.

Y estalló con sus cláusulas de fuego,
Con su expresión incoherente y rota
Por el halago, y la pasión, y el ruego;

Con ese dulce cántico que brota
Al fecundo calor de una mirada.
Y lleva una ilusión en cada nota;

Con esa breve frase entrecortada
Que al morir en los labios, adivina
El corazón de la mujer amada,

Música de las almas, peregrina,
Que con suspiros trémulos empieza
Y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi ternera
Entonces: sé que al escuchar mi acento
Doblaste blandamente la cabeza;

Sé que en tu irresistible arrobamiento,
Más de una vez, á tu pesar, sin duda,
Se confundió tu aliento con mi aliento;

Sé que en aquella prueba áspera y ruda,
Tú, en amorosas lides inexperta,
Debiste al cielo demandar ayuda;

Sé — y al profundizar mi herida abierta
Aún abundantes lágrimas derramo —
Que conmovida, fascinada, incierta,

Como pobre avecilla que al reclamo
Acude presurosa, me dijiste
En mi brazos cayendo: — ¡Te amo! ¡Te amo! —

¿Qué más pude escuchar? ¿Ni quién resiste
Al grato influjo de la voz querida,
A un tiempo mismo apasionada y triste?

Dentro de mí se engrandeció la vida,
Y ante mis ojos fulgoró cercana
La dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,
Y mis labios ardientes dejé impresos
¡Ay! en los tuyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos
Que arrebatava á tu inocencia esquiva.
Cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba
A vencer tu virtud lánguida y yerta
Cuando de pronto, sacudiendo altiva

La noble frente, de rubor cubierta,
Me rechazaste pálida y convulsa
Exclamando: — ¡Jamás! ¡Primero muerta! —

Como es ciego el amor que nos impulsa,
Tomé por la postrera llamarada
Del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez, y acogojada
Reprimiste otra vez mi atrevimiento,
Diciéndome con voz ronca y ahogada:

— ¡Soy débil, perdonadme! En vano intento
Sofocar mi pasión, que ya no puede
Permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede
Comprimido este afán que me consume:
El alma mía á sus impulsos cede

Y cual la violeta que presume
De modesta y humilde, aunque se esconda
Revela dónde está con su perfume,

Es inútil querer que no responda
Al fuego inextinguible en que me abraso,
Mi agitación desordenada y honda.

Sabedlo, pues; ¡pero olvidadme! ¿Acaso
Debo pensar en el amor terreno,
Yo, moribunda y triste ave de paso?

Esto soy, esto ansiáis, éste es el seno
Dónde la muerte os pareciera hermosa.
Ved lo que guarda. ¡Podredumbre y cieno! —

Y con mano alterada y temblorosa
Descubriste tu pecho, carcomido
Por repugnante llaga cancerosa.

— ¡Ay! — dijiste cayendo sin sentido
Al contemplar mi horror: ¿Me amábais tanto
Que á robarme la vida habeis venido? —

Yo, mudo de estupor, con el espanto
Pintádose en mi faz desencajada,
Pudiendo apenas reprimir e llanto,

Ví deshacerse en polvo, en humo, en nada
Mis ensueños, mi gloria, mi alegría,
El encanto del alma enamorada.

Y sentí, bajo el golpe que me hería,
Vacío el corazón, vacío el mundo,
Hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornóse mi vida en un segundo,
Y como aquel á quien del sueño arranca
Dolor extraño, insólito, profundo.

Dando á mi exaltación salida franca,
¡Blanca! — gemi desesperado, al verte
Caer cual ave herida: — ¡Blanca, Blanca!

¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte!
Mas, ay! que sólo al llamamiento mío
Contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,
De Dios y de los hombres olvidado
Cogí en mis brazos tu cadáver frío,

Le estreché con furor, y arrebatado
Besé tu boca lívida, aún caliente,
Como nido recién abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente
Abrazado á tus miseros despojos,
Ajeno á todo, a todo indiferente,

Helado el corazón, turbios los ojos,
Si no hubiera sentido de improviso
Rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo con aquel aviso
Quizás volverme la razón perdida
Y poner fin á mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida,
Posé mis labios en tu faz serena,
Y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche trasparente, llena
De reposo, insultaba mi tormento
Y parecía escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora el viento
Bullicioso y sutil, y más tranquilo
Dijo en la soledad mi pensamiento:

— ¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo
Que me ligaba á tí, y en su regazo
La religión me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo
Nuestras almas ¡oh Blanca de Castelo!
Mi senda es fatigosa; pero el plazo
Breve y seguro ¡Espérame en el cielo.

IDILIO.

I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas.
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen, ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plato, *Anquises y Medea*,
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombreaba.
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida;
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.